

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR
DEL ILMO. SR. DR. D. ANTONIO LÓPEZ ONTIVEROS

INTERVENCIÓN DE D. BARTOLOMÉ VALLE BUENESTADO

Tuve noticia de la existencia de Antonio López Ontiveros en el verano de 1973, cuando yo cumplía parte del servicio militar en la Escuela de Aplicación y Tiro de Infantería en Toledo. Allí coincidí con otros estudiantes que hacían el segundo campamento de la milicia universitaria, entre los cuales había varios de Geografía procedentes de la Universidad de Murcia, que me hablaban de un excelente profesor cordobés que les explicaba Geografía de España y Geografía General y de la monumentalidad de la tesis doctoral que acaba de presentar sobre la Campaña de Córdoba, realizada bajo la dirección del profesor Roselló. El hecho de ser cordobés el aludido profesor y lo laudatorio de los comentarios hacia su persona despertaron en mí simpatía hacia él y deseos de conocerle.

Ello se acrecentó con mi incorporación como becario de Formación de Personal Investigador al Departamento de Geografía de la Universidad de Córdoba en Enero de 1975.

Nos conocimos en el V Coloquio de Geografía, en Granada, donde yo presenté una comunicación sobre los cotos de caza mayor en la provincia de Córdoba, la cual fue motivo para el encuentro y, luego, para el desarrollo de una fructífera y novedosa línea de investigación sobre la caza en su dimensión geográfica.

Durante los meses siguientes –motivado por su especial interés e inquietud por Andalucía– tuvimos un carteo relativamente frecuente, y coincidimos en varias ocasiones con motivo de reuniones, congresos o eventos científicos. En una de estas me comunicó su intención de trasladarse a Córdoba desde la Universidad Autónoma de Madrid tan pronto como ello fuese posible. Y la ocasión se presentó en el año 1979, cuando volvió a dotarse la plaza de Profesor Agregado de Geografía que había ganado por oposición la profesora Carmen Ocaña, la cual no llegó a incorporarse, pues en el interim tomó posesión de la misma plaza en la Universidad de Málaga.

Y, efectivamente, en 1979, el Prof. Antonio López Ontiveros se incorporó a nuestra recién nacida Universidad, con gran satisfacción por parte de ambos: la de él por llegar, la mía por recibirlo, y por el horizonte que aportaba al naciente Departamento, hasta entonces inexistente. Previa a su llegada, con motivo de un viaje familiar a Luque, tuvimos un encuentro en una cafetería de Córdoba –el Bar Ciro, en el Paseo de la Victoria– que en adelante recordamos como el símbolo de la andadura común en los años venideros, y que para mí marco la reorientación de la vida profesional, pues aunque becario en el Departamento, acababa de hacer oposiciones de instituto y me encontraba al albur de los derroteros que pusiese tomar el propio Departamento.

Su llegada a Córdoba –considerada con la perspectiva del tiempo– se produjo en un momento tan oportuno como necesario, pues fue el de la dotación de las primeras plazas de profesores numerarios sobre las cuales se cimentó el futuro inmediato -y no tan inmediato- de cada una de las Facultades de la Universidad de Córdoba. En la de Filosofía, a diferencia de otras Facultades de nuestra universidad donde el ritmo y frecuencia de las dotaciones fueron más graves, cuando se incorporó el Dr. López Ontiveros apenas si había media docena de profesores numerarios. Asimismo, el momento de su llegada coincidió con la culminación del tránsito del antiguo Colegio Universitario –dependiente de la Universidad de Sevilla– a la Facultad de Filosofía, lo cual supuso un horizonte completamente nuevo y un cambio profundo, una de cuyas dimensiones fue la sustitución del profesorado primigenio –Loma y Suárez Japón, replegados respectivamente y de modo voluntario a las Universidades de Sevilla y de Cádiz– por otros contratados al efecto, entre ellos quien les habla, que como dije ya se había incorporado como becario en 1975 y ahora accedía a la condición de Profesor Encargado de Curso, en compatibilidad con la de Profesor Agregado de Bachillerato.

La presencia del Prof. Antonio López Ontiveros fue un factor extraordinariamente positivo para el funcionamiento del naciente Departamento y una aportación de primer orden al acervo organizativo, intelectual, docente, científico y simbólico de la Facultad de Filosofía, y de la propia Universidad de Córdoba, en cuyo claustro se integró con proclamada aquiescencia.

Sus proyectos, deseos, iniciativas, entusiasmo, compromiso, ganas de trabajar, ilusión fueron una realidad tan tangible por quienes estábamos a su alrededor como difíciles transmitir a quienes no los vivieron. A ello se añadía el estado de plenitud y felicidad de Antonio, fundamentados en la propia plenitud familiar, laboral, intelectual y administrativa, así como en la coincidencia o superposición de espacios o ámbitos de la vida tan diferentes como difíciles de ensamblar: el espacio afectivo hacia su tierra cordobesa, el territorio objeto de su investigación, la tierra objeto de sus preocupaciones, la proximidad a su Luque natal y la vinculación a la Universidad de Córdoba, continente de su vocación.

Y toda esta plenitud de inicio culminó en muy poco tiempo con el acceso a la Cátedra de Geografía de la Universidad de Córdoba, cuya toma de posesión recuerdo con nitidez y la cual celebramos tres o cuatro personas de modo tan feliz, como íntimo y sobrio en una taberna adyacente al Rectorado, conocida todavía hoy como El Pisto.

Desde los primeros momentos Antonio López Ontiveros fue un punto de referencia, un vértice geodésico de primer orden en la Facultad, que aunque en ocasiones, incluso, fue visto con recelo por los ojos de la mediocridad, desarrolló su docencia ordinaria durante casi treinta años, completados con los tres de Profesor Emérito. Destacó siempre, como es sabido de todo el mundo, por su dedicación, capacidad de trabajo, vocación universitaria, sabiduría y elevado grado de exigencia, consciente de la importancia del saber en la formación de los estudiantes y en la felicidad humana.

Consciente al tiempo de su fuerza vital, de su madurez intelectual, de la ocasión única que se le ofrecía, impulsó un sinfín de actividades orientadas a la consolidación del Departamento de Geografía, a la formación de los jóvenes geógrafos y a la difusión

de la Geografía dentro y fuera de la Facultad. Así, prácticamente desde la nada, se puso en funcionamiento una biblioteca, que en poco tiempo resultó ejemplar y para la cual recibimos la inestimable ayuda de la Universidad Autónoma de Madrid, a la cual nos trasladamos en reiteradas ocasiones para pedir consejo y orientación a Angelines, bibliotecaria de la expresada Universidad y esposa de nuestro colega Manuel Valenzuela-, o iniciamos un programa de excursiones geográficas, tanto de carácter docente como de reconocimiento y estudio de la provincia de Córdoba. De estas guardo un especial recuerdo, con anécdotas que nos hacían reír al recordarlas pero que en el momento de suceder no siempre fueron agradables, como la acaecida un día, sábado del mes de Mayo de 1980, que habíamos quedado a las siete de la mañana en la puerta de su casa para hacer un recorrido por Sierra Morena conducidos por la Guía de Itinerarios Geológicos que acababa de publicar D. Rafael Cabanás. Estábamos citados, como digo, a las siete, pero en tan señalada ocasión divergimos entre su connatural propensión a madrugar y a ser puntual y la mía de aquel tiempo a no despertarme. Los hechos fueron como sigue: Yo llegué tarde, él había bajado temprano al portal de su casa en la Avenida de los Mozárabes, se había dejado la llave de su casa y no podía subir a llamarme por teléfono para alertarme de la hora, pues también se había dejado el monedero y no podía hacerlo desde una cabina que funcionaba con monedas, y para colmo no llevaba tabaco –su inseparable paquete de Fortuna, en aquel tiempo- y sin dinero tampoco podía comprarlo, lo que acrecentó su malhumor por la espera. Pasadas las ocho de la mañana llamó a su puerta, despertó a M^{ra} Jesús, su esposa, y cuando entró en la casa debió irse hacia el teléfono como una exhalación y a través de él me dijo –como él mismo acostumbraba a expresar- lo que no hay en los escritos. La excursión fue gloriosa: dos mudos, él y yo, leyendo un mismo mapa geológico, hasta que mediada la mañana, conscientes de la incomodidad del asunto y de lo poco rentable que en términos geográficos estaba resultando la ocasión, decidimos firmar la paz por considerar inconveniente el conflicto.

Fueron aquellos unos tiempos fecundos, de preciosa adolescencia, de sana madurez y luego de gozosa sazón, de la cual es buen ejemplo y consecuente la ocasión que hoy nos congrega. Fueron tiempos de ingreso de profesores jóvenes, como Cristina Martín y Pedro Domínguez Bascón, o de recién incorporados como Luis Gil Varón. Y de excelentes estudiantes, de los cuales destacamos a Alfonso Mulero, Rafael Osuna, Gema Florido, Martín Torres, Ricardo Luque, Manuel Rivera, que hoy constituyen el grueso del cuerpo docente del Departamento, y fue el momento en el que bajo la orientación de Antonio López Ontiveros se iniciaron líneas de investigación que han contribuido a definir el ser y el contorno científico del Departamento de Córdoba de Córdoba. Un poco más tarde se incorporó el Prof. Naranjo Ramírez.

En su dilatada actividad docente el Antonio López Ontiveros tuvo envidiables virtudes, concordantes con su personalidad, como las ya aludidas vocación, capacidad de trabajo, dedicación, etc. etc., pero por encima de todas yo siempre valoré el que fuese un profesor con tanto empeño en el aprender como en el enseñar, y todo al servicio de una misma causa: la educación en el sentido latino del término, es decir de educar, como sinónimo de conducir desde fuera, guiar hasta materializar las potencialidades del discente en beneficio de su propio aprendizaje y libertad.

En su carrera docente se distinguen claramente dos etapas, casi equivalentes en duración y separadas por el umbral de mediados de los años noventa, las cuales no son ajenas a los cambios en los planes de estudio, al deterioro de las Humanidades en la

Universidad española, al nuevo modelo universitario y al estado de postración de la Geografía en universidades como la de Córdoba, donde los saberes geográficos fueron excluidos de la Licenciatura de Historia y quedaron disueltos en la de Humanidades, en la cual perdieron sus rasgos más destacados y parte de su identidad.

La primera etapa fue extraordinariamente intensa, fecunda y satisfactoria para él. Se desarrolló fundamentalmente en las asignaturas de Geografía de España y de Geografía de Andalucía, siendo esta docencia un elemento clave para el desarrollo de líneas de investigación que culminaron en trabajos suyos o en tesis doctorales. Fue una docencia polivalente: cursos, programas de doctorado, comunicaciones y multitud de conferencias, que siempre desarrolló como inicio de un tema de investigación novedoso, para los cuales tenía una particular intuición, o como verificación de hipótesis.

El hilo conductor de esta etapa fue el deseo de transmitir conocimientos a los estudiantes y al auditorio.

Y todo ello sincrónicamente a una febril actividad profesional, en la Asociación de Geógrafos Españoles, como Decano de la Facultad (1987-1993), en los foros universitarios, etc....

Fue una primera fase, que al Departamento sirvió como la planta baja de un edificio, sobre la cual se construyeron otras plantas y que resultó completamente necesaria para el sostén del mismo.

Desde mediados de los años noventa cambió el panorama universitario.

Asistimos, como queda dicho, a la preterición de la Geografía en nuestros planes de estudios, a la desidia en el aprender, a la fragmentación de las enseñanzas, al “minifundismo académico”, a la profusión de asignaturas optativas, a la descomposición de las Humanidades, a la minoración del pensamiento humanista y a la consiguiente aculturación. Ello, unido a circunstancias familiares como la dolorosa pérdida de su padre –“el misterio e infinito poder separador de la muerte”, como el me decía al evocarla– hicieron anidar el desánimo y tal vez propiciar la reorientación de la actividad docente, que en adelante se desarrolló en materias de contenido medio ambiental.

Con el paso del tiempo él mismo escribió que éste fue un cambio importante, motivado por la reducción de sus horizontes vitales y académicos al haber entrado en la etapa de la vida que se llama la senectud, en la cual, pleno de sabiduría se fue instalando, consciente, como decía su admirado Guarini, de las limitaciones que impone la edad, ... “con el envejecimiento la *dynamis* remite; pero en la medida en que el hombre va logrando victorias interiores, descubre cada vez más el sentido de el mismo o de su acción. Ya no ataca, sino que irradia; no embauca, ni domina, no somete, sino que hace patente el sentido y le permite operar directamente con su actitud, es decir, iluminando, convenciendo, dando consistencia espiritual, orientación interior”.

Probablemente por ello, con idéntica brillantez y encomiables virtudes, esta segunda etapa en su vida docente, estuvo más guiada por el pensamiento que por deseo

de transmitir conocimiento, y más por la reflexión que por la instrucción. Expresión ello, de madurez plena y de sabiduría era su reiterada invocación del Salmo 89 que dice “enseñanos a calcular nuestros años, Señor, para que adquiramos un corazón sensato”.

Su docencia en los últimos lustros, como él dejó escrito, se desarrolló cultivando y enseñando una Geografía que “...requiera menos trabajo de campo y así he desembocado en líneas de investigación más teóricas e históricas, cuales son la historia del pensamiento geográfico, paisajes y literatura de viajes, ...”, y que tuvo su punto de inicio como línea de estudio e investigación en la lección inaugural del curso académico 1989-90 de la Universidad de Córdoba. Ello fue unido a una grandísima y creciente preocupación por los problemas ambientales, a la necesidad de un compromiso por la conservación de la Tierra y a su estudio y consideración, incluso, en el contexto de la parusía cristiana y de las relaciones naturaleza-hombre-Dios, recordando frecuentemente el verso del himno litúrgico que dice: “Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte de haberle dado un día las llaves de la Tierra”, y que citaba con tanta frecuencia como preocupación.

La última etapa docente estuvo enriquecida por su participación en la Cátedra Intergeneracional, que le devolvió parte de lo perdido en la docencia tradicional y le permitió recuperar el pensamiento geográfico y la felicidad docente, y por su nombramiento como Académico Numerario en el año 2002.

Como Profesor, investigador y Decano, Antonio López Ontiveros ha sido un referente en la Facultad de Filosofía de Córdoba y la dovela a la que genéricamente los alarifes llamaban clave en la evolución de la Facultad, transfiriéndola a la modernidad de los nuevos tiempos, y del Departamento, al cual puso el Norte, al tiempo que contribuía a situar a éste en el mapa de la Geografía española.

Fue complemento de sus virtudes la devoción por su maestro, por compañeros, condiscípulos y alumnos, de cada uno de los cuales nos transmitió alguna enseñanza, haciéndonos partícipes de su generoso y rico mundo interior, de forma peripatética en las salidas de campo, excursiones, encuentros o en los ratos de asueto a los que era tan aficionado y desde los que irradiaba felicidad envuelta en una amena conversación.

Profesor irreplicable, firme, de autoridad, de sensibilidad encubierta hasta un grado enfermizo, amante de la luz y de la verdad, enemigo de la facundia y de la indolencia, hombre de sólidas convicciones y de firmes afectos, ejemplificados siempre en dos presencias: su padre y María Jesús, y en una ausencia: la de su buena madre, motivo éste de la madre que fue tema de algunas de nuestras últimas conversaciones cuando, recién fallecida la mía y él ya enfermo, se acercaba a mi despacho y con reiteración me decía: “cuéntame la muerte de tu madre, ¿es verdad que murió en el estado de gracia que tú me dices?...”

Para mí y sé que también para muchísimas otras personas, entre las que naturalmente incluyo al auditorio, fue modelo en multitud de aspectos y por multitud de razones. Para mí ha sido un hombre querido, conocido y admirado, y al que, los que estamos aquí presentes, al sobrevivirle, la propia vida nos ha ofrecido la ocasión de proclamar, como hacia Cicerón por boca de Escipión, que todo aquel que ha descollado en la defensa y engrandecimiento de la patria –oígase la Geografía, la Universidad de

Córdoba, la Academia, la familia, los amigos y los compañeros— goza de la gloria verdadera, que es imperecedera, como el alma, cuando alcanza ese lugar venturoso tras liberarse del cuerpo.

Descanse en paz y goce de la felicidad compartida con quienes aquí estamos, sabedores de que mitigamos su ausencia con el legado de su buen recuerdo.

INTERVENCIÓN DE D. JOAQUÍN MELLADO RODRÍGUEZ

El Dr. Antonio López Ontiveros ingresó en nuestra Real Academia en 1990, como Correspondiente en Córdoba, en su sección de Ciencias Históricas. Años después, el 26 de octubre de 2001 fue elegido para ocupar la vacante de numerario causada por la muerte del también querido amigo, el Ilmo. Sr. D. Rafael Gracia Boix. Su discurso de ingreso, pronunciado el día 6 de junio de 2002, versó sobre “La geografía de la provincia de Córdoba según Juan Carandell Pericay”, cuya versión completa apareció en el nº 142 de nuestro Boletín (2004), pp. 35-116. Por encargo de la Junta Rectora de nuestra Institución, me cupo el honor de contestar, en nombre de la Corporación, a su discurso, intervención en la que tuve la ocasión de glosar el vasto y enjundioso curriculum del recipiendario, su labor docente, sus trabajos científicos y los numerosos reconocimientos, premios y distinciones con que un sinfín de organismos e instituciones reconocieron y agradecieron su fecunda labor científica, universitaria y humana, desde el ámbito local, en su Luque natal (con el nombramiento de hijo predilecto), a la Junta de Andalucía, que le otorgó el prestigioso Premio Andalucía de Investigación de Humanidades y Ciencias Jurídico-Sociales “Ibn al-Jatib” el año 1997, y otras instancias nacionales, como la Asociación de Geógrafos Españoles, el Ministerio de Educación y Ciencia etc.

En noviembre de 2003 se celebraron las I Jornadas de la Real Academia en Nueva Carteya, coordinadas por nuestro Director y por mí mismo. La proximidad geográfica a la tierra que tanto amó y que tan bien conocía, junto a otras razones de tipo más personal, le llevaron a implicarse muy intensamente en el proyecto, hasta el punto que, frente a las colaboraciones habituales, que suelen ocupar entre 8 y 10 páginas, la suya alcanza las 69 páginas en el volumen que recogió todas las ponencias (Estudios sobre Nueva Carteya, Córdoba, 2006, pp. 93-161). Para su intervención eligió un tema realmente original y difícil, “Parcelarios geométricos de la campiña de Córdoba. El ejemplo de Nueva Carteya”, en el que puso en evidencia una vez más su maestría, consiguiendo un resultado que, sin duda, servirá de modelo para estudios posteriores, tanto por el planteamiento metodológico como por el rigor científico que se aplica al estudio del tema en sí mismo. Comienza este enjundioso y amplio trabajo estudiando las “centuriaciones” romanas en la zona, de las que quedan vestigios en los términos de Fernán Núñez, Montemayor y en la confluencia de las provincias de Sevilla y Córdoba (Puente Genil, Santaella y Écija). Aborda posteriormente el catastro de las poblaciones carolinas cordobesas, los catastros geométricos campiñeses de los siglos XIX y XX y,

finalmente, el catastro de Nueva Carteya, con especial atención al reparto del Monte Horquera, la fundación de Nueva Carteya (con su segregación de Baena), terminando con el estudio del parcelario catastral de Nueva Carteya.

Siguiendo el orden estatutario de nuestra Real Academia, correspondió al Dr. López Ontiveros la impartición de la Lección Inaugural del curso 2008-2009. En ella nos dejó un bello testimonio de otra de sus líneas de investigación preferidas, las narraciones de viajes de autores románticos, “Recuerdo de un viaje a Marruecos de D. Fernando Amor y Mayor en 1859” (BRAC 155, 2008, pp. 137-161), donde el geógrafo y humanista se mueve en su propio medio: encuadra la aportación de D. Fernando Amor en el muy peculiar contexto histórico de las relaciones hispano-marroquíes de ese preciso momento, así como en el contexto de la literatura de viajes romántica, y disfruta y hace disfrutar al lector de su visión singular.

Pues bien, tras estas breves pinceladas entresacadas de su perfil académico, me van a permitir que descienda a un terreno más íntimo y les ofrezca el testimonio de mi relación personal con D. Antonio, relación que puede dividirse en tres fases.

1ª. Le conocí en septiembre de 1979, cuando se incorporó a nuestra facultad procedente de la Universidad Autónoma de Madrid. Yo ejercía como vicedecano en el equipo del Prof. Dr. D. José Manuel Cuenca Toribio. Tal circunstancia y el escaso número de profesores funcionarios en la entonces jovencísima facultad (éramos sólo ocho en aquel momento) en tiempos especialmente ajetreados e incluso convulsos en nuestra Universidad, propició numerosos encuentros en reuniones, comisiones de trabajo etc. en las que muy pronto pude apreciar la enorme categoría científica y humana del profesor recién incorporado a nuestro claustro. Sus brillantes cualidades, su conversación fácil e inteligente, su integridad y su condición de líder nato facilitaron un clima de amistad del que me vi muy beneficiado.

2ª. La segunda fase de nuestra amistad se inicia al integrarme como vicedecano en el equipo con el que el Dr. López Ontiveros concurrió a las elecciones a Decano en 1987. Durante los años en que tuve la suerte de compartir responsabilidades de gestión con él, en aquel su primer mandato (1987-1990), aprendí de su pasión por el trabajo, su férrea disciplina, su lealtad, integridad, gran sentido del deber, ese desvivirse por la facultad y por los suyos, programando, preparando meticulosamente y defendiendo a capa y espada, con inteligencia y energía inusitadas y ante cualquier instancia, todo proyecto de mejora de la facultad, así como el desarrollo de su área de conocimiento y la promoción profesional de sus integrantes.

3ª. Pero fue a mi regreso al latir diario de la facultad, años más tarde, tras una semiausencia de casi siete años al frente del ICE (hoy Secretariado de Formación Permanente) de nuestra universidad, cuando nuestra relación personal se vio especialmente fortalecida por una nueva circunstancia: como éramos vecinos, al término de nuestra jornada de trabajo matinal, volvíamos juntos a casa y nos deteníamos diariamente a tomar una copa junto con un colega de Ciencias, también vecino y gran amigo, José Mª Ortega. Fueron prácticamente 13 años de convivencia especial, de conversaciones diarias en las que se exponían y defendían ideas –no siempre compartidas–, sobre los temas más variados, en un ambiente relajado en el que el corazón se explaya sin ningún tipo de cortapisas ni complejos; esas charlas y paseos

diarios actuaron de crisol donde se fue depurando cada día más una amistad desinteresada y profunda. En ese ambiente afloraban conversaciones o discusiones a propósito de las noticias de la prensa diaria, política universitaria, etc, pero también de nuestra fe común. Y era en esos momentos de improvisación cuando afloraba espontáneamente la auténtica talla intelectual de Antonio, y también su dimensión como creyente: hombre de carácter firme, de criterio propio, de singular capacidad de análisis siempre desde una perspectiva original, que trató siempre de ser coherente consigo mismo y con su sólida fe cristiana –de la que en todo momento hizo gala–, solidario, profundamente comprometido con su vocación universitaria y con el papel del intelectual en la sociedad y la universidad, luchador y defensor de sus ideales, que supo ganarse el respeto y cariño de cuantos tuvimos la suerte de compartir con él responsabilidades, espacios y actividades tanto en el ámbito profesional como personal.

Que Dios, a quien tantas veces rezó, cuya Palabra e invitación siguió, de quien dio testimonio en tantas ocasiones y en quien puso su fe con todas sus consecuencias, lo tenga en su gloria, como nosotros en nuestro corazón y en nuestro recuerdo.

Descanse en paz.